

ALBERTO RUIZ DE GALARRETA EN EL TRADICIONALISMO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO

Miguel Ayuso

1. Proemio

Tener amigos de más edad que tus padres te acerca pronto a la muerte. Iba a escribir prematuramente, pero el trato con nuestro destino nunca lo es. Cuando miro hacia atrás, y me basta en este caso hojear la colección de esta revista, veo mi firma en la necrología de todos los que han sido mis maestros: Francisco Elías de Tejada, Eugenio Vegas, José Pedro Galvão de Sousa, Frederick D. Wilhelmsen, Álvaro d'Ors, Rafael Gamba, Francisco Canals y Juan Vallet de Goytisolo. También en otras muchas, quizá demasiadas, casi siempre de respetados amigos. A las que habría que sumar las de otras publicaciones como *Razón Española*, los *Anales de la Fundación Elías de Tejada*, *Fuego y Raya* o el diario *ABC*. Pero hoy llega, como es inexorable, la de quien ha sido el amigo más cercano y, por su longevidad, duradero: Alberto Ruiz de Galarreta.

Nacido en San Sebastián el 28 de diciembre de 1922, ha muerto en Valencia el 12 de septiembre de 2019. De familia carlista por el lado materno, los Mocoroa, tolosanos, su bisabuelo don Miguel Mocoroa participó en la partida del legendario cura Santa Cruz. De ahí su *nom de plume* más conocido. Desde niño perteneció a la Comunión Tradicionalista. No hizo la guerra por poco, pero recordaba vívidamente aquellos años de terror y heroísmo. No quiso ir a la División que llamaron «Azul», precisamente por eso, por ser «azul», razón por la que don Manuel Fal Conde dio instrucciones prohibiendo a los carlistas alistarse, cosa que casi todos siguieron a pies juntillas. Alberto lo recordaba con

frecuencia. Mudada tras la guerra su familia a Valencia, estudió Medicina y probó su vocación en la Compañía de Jesús. En el noviciado de Veruela, de la provincia de Aragón, los superiores discernieron que no la tenía. Y Alberto, cincuenta años después, emocionado, protestaba: «Yo no fui infiel a Jesucristo». Desde luego que no. Si la Compañía de Jesús quería ser, en la intención de su santo fundador, Ignacio de Loyola, una suerte de «caballería ligera», Alberto Galarreta fue particularmente fiel a esa vocación, pues toda su ejecutoria es un combate en el que ocupó conscientemente la posición de la caballería ligera, que golpea y se aleja, para volver a golpear. Ingresó en el Cuerpo de Sanidad de la Armada, en el que se retiró de Coronel. También ganó la oposición de médico del Seguro de Enfermedad, pese a haber protestado toda su vida la socialización de la medicina con la consiguiente proletarización de los médicos. Se doctoró con una tesis de historia de la medicina. Ejerció con pasión y dedicación sacerdotal la profesión. No se casó y consagró su vida al apostolado tradicionalista.

2. La Ciudad Católica

Escrutando entre las páginas de *Verbo*, lo que hoy resulta más fácil con el sitio web de la Fundación Speiro, donde se aloja entre otras cosas la colección, sólo aparece aquí o allá su nombre, en algún artículo, crónica o información bibliográfica, dando una apariencia bien distante de la realidad de su peso en la obra de la Ciudad Católica. Cierto es que si se hace con los nombres de Manuel de Santa Cruz, J. Ulíbarri o el Dr. Felipe Fernández Arqueo, todos heterónimos suyos, la cosa empieza a adquirir tintes ligeramente distintos. Y, aun así, sería pálido reflejo. Porque Alberto, que si no estuvo quizá jurídicamente entre los fundadores de la Ciudad Católica, fue desde luego de los operarios de la primera hora, ha sido hasta el final una pieza esencial de nuestra obra.

Primeramente en la reunión de los martes. Ahí lo conocí en los últimos años del decenio de los setenta, creo que en septiembre de 1977, y su presencia desde luego no

pasaba inadvertida. En los corrillos anteriores a pasar a la sala de juntas bullía siempre con sugerencias y hacía –así los llamaba expresivamente– «apartes» frecuentes con aire conspiratorio. Luego, ya sentados, ocupaba una de las cabeceras de la mesa, la más cercana a la entonces puerta de acceso, enfrente del sillón reservado a Eugenio Vegas, como en una suerte de presidencia inglesa que no ocultaba la discreta pero efectiva francesa de Juan Vallet en el centro, pegado a la pared bajo el crucifijo regalo de Pepe Gil Moreno de Mora. Tras la oración al Espíritu Santo del cardenal Verdier, Alberto Galarreta copaba en buena medida los primeros minutos, rubricados como «notas para la acción». Y es que estaba permanentemente en «prevengan», como un centinela o –también otro de sus nombres de pluma– «serviola», y no había noticia a la que no sacase punta, con la intención siempre de animar la acción en defensa de la tradición católica.

También en la redacción de la revista, donde cubría un frente muy delicado y complejo, el de las sociedades secretas y las sectas, que conocía como nadie, además de aportar textos de doctrina tradicionalista y de deontología médica. Sus trabajos precursores de la denuncia de la «Nueva Derecha» y de algunos de sus epígonos entre nosotros, que le allegaron –y también a mí por sostenerle– la enemistad de algunos, y que una vez más constituían una muestra admirable de su pugnacidad tanto como de su constante atención a las tendencias intelectuales o sociales, enriquecieron de modo notable la línea más académica –si se quiere– cultivada en general por la revista.

E incluso, finalmente, en la gestión de la Fundación Speiro, de la que ha sido patrono durante muchos años hasta su muerte. En varias ocasiones, últimamente, y sobre todo desde que se trasladó a vivir a Valencia para estar más cerca de su hermana y sus sobrinos, me pidió que lo relevara, a lo que me negué sistemáticamente: era un eslabón fundamental de la historia viva de la Ciudad Católica. Lo que siempre aceptó sin queja: lo mismo que entendía que podía ser de poca utilidad para la gestión de la obra, admitía las razones en contrario presto a seguir sirviendo a

la Causa donde se le indicara. Admirable sentido de la disciplina, pese a que a veces pudiera no aparentarlo, al que luego volveré.

Tengo grabada a fuego la impresión que me hizo, en la primera reunión a que asistí en General Sanjurjo, 38. Con una simpatía arrolladora se me acercó, se presentó y me espetó de primeras: «Aquí somos tan amigos que podemos descuidar la acogida de quienes vienen por primera vez». Acto seguido se interesó por mis estudios, todavía preuniversitarios, y mis inquietudes. Con algo de osadía le dije que me interesaba por el Carlismo, así como que había leído a Gamba y Elías de Tejada. Lejos de toda condescendencia y con la mayor naturalidad me dijo que él había dedicado su vida a la Comunión Tradicionalista y que hacía años que recopilaba documentos para una obra que estaba ultimando y que, con toda probabilidad, quedaría para la posteridad, pero él no vería culminada, porque se estaba muriendo. Pero, a continuación, como si no tuviera pendiente sobre su cabeza el hado fatal que me acababa de anunciar, me dio su teléfono y me dijo que le llamara para vernos el domingo siguiente. Pronto aprendería que Alberto llevaba muchos años muriéndose y que en el futuro estaría a punto de morir centenas de veces, pese a lo que atendió en la enfermedad y enterró piadosamente a decenas de amigos que, en cambio, no se estaba muriendo sino que gozaban de inmejorable salud.

Ese domingo acudí a su casa de la calle de Alcalá, en la manzana más cercana a la Plaza de las Ventas, no lejos de casa de mis padres, en el Parque de las Avenidas. Allí tenía su piso de soltero, bastante caótico, pues vivía en el Colegio Mayor Jorge Juan, de la Armada, del que fue médico durante muchísimos años, hasta la edad en que era difícilmente sostenible su presencia, por más que estuviera en plenas condiciones para ejercer su profesión. A la calle de Alcalá iba a trabajar y a recibir. Me dedicó la tarde y salí exultante. Había encontrado una persona tocada por el dedo de Dios: profundo, simpático, generoso, entregado... Quedamos citados de nuevo para el martes en *Verbo* y, seguidamente, allí, para el domingo en su casa. Las reuniones en su casa

se hicieron regulares. Solíamos vernos la primera mitad de la tarde, porque luego él salía a visitar a Rafael Gambra, encuentro al que después, durante algunos años, también me sumé. Pero donde Alberto resultaba insuperable era en el *tête-à-tête*. Él lo sabía y buscaba siempre la conversación a dos. Más aún, le disgustaba, y se quejaba de ello, cuando algún amigo aparecía sin advertirle con otra persona. Domingo tras domingo me esperaba con un orden del día que apuntaba en una hojita de papel con caligrafía diminuta y nerviosa, y esperaba del interlocutor, en este caso de mí, un igual proceder. Lo que aprendí en esos cientos, miles, de horas de conversación, no se halla en los libros. Alberto tenía un saber enorme de las cosas más variadas, pero —a diferencia del personaje de Cherteston Lord Ivywood— era un hombre cuya única fuente de conocimiento no eran los libros. No es que los despreciara. Recuerdo que, con su habitual sentido del humor, ironizaba sobre la propensión de los militares españoles a guiarse más por ocurrencias que por repertorios bibliográficos. «A ver qué se le ocurre a usted», recordaba que le decía uno de los Almirantes más encumbrados del régimen de Franco. Pero Alberto aunaba ambas facetas, aunque por lo que destacaba sobremañera, hasta el punto de velar en apariencia sus conocimientos para un interlocutor superficial, era la agudeza de su juicio sobre los acontecimientos pasados o presentes y la atención constante a los que despuntaban en el horizonte del futuro. Su capacidad de reflexión era asombrosa. A todo le sacaba moraleja profundísima, casi siempre además de tono ascético y espiritual. En este sentido, no siendo un mero erudito, un «filólogo» diríamos, tampoco era sólo un agudo observador, un «sociólogo» diríamos. Por encima estaba la filosofía, que cultivaba a su modo, «silvestre» hubiera dicho él con expresión que le gustaba. Pero erudición, observación e inteligencia estaban además al servicio de la acción. No en el de la praxis que prima sobre la teoría, claro. Sino en el de que, como en un Estado Mayor, la sección de información está al servicio de la de operaciones. Lo repetía sin cesar. Como que, en todo, se distinguen dos estirpes: la de Linneo y la de Torquemada. Se adscribía con

orgullo, ocioso es decirlo, a la segunda. E incluso, con frase tomada del historiador argentino Radaelli, que el estudio de la historia sirve para entretenerse o para hacer política. Y nunca dejó de seguir la actualidad para actuar. Cuántas llamadas a lo largo de los años, y hasta el final, para sugerir una acción a partir de una información. Obsesionado con no perder el tiempo y no hacerlo perder a los demás, con frecuencia la llamada era escueta: –Mira la pág. 24 del ABC de hoy. En ocasiones se me ocultaba de primeras lo que pretendía y era yo el que le llamaba para que me ilustrara. La observación era siempre interesante, a menudo genial. A veces, con el paso del tiempo sobre todo, imposible. Pero, aun en estos casos, no dejé nunca de admirar la tensión espiritual e intelectual que denotaba, y la virtud que se hallaba detrás de ellas. Así que siempre me daba que pensar y me edificaba.

3. Inmersión en el Carlismo

Desde el inicio me introdujo en el fascinante mundo del tradicionalismo español, del Carlismo, contemporáneo, al que había pertenecido desde niño. Muchos años después me regaló su carnet de las juventudes de la Agrupación Escolar Tradicionalista (AET) de San Sebastián. Las vicisitudes del Carlismo en los últimos veinte años habían preservado incólume su adhesión a los principios. Los años que había colaborado con el Secretariado instituido por Don Javier y con la Jefatura Delegada de José María Valiente que le siguió le habían dado un conocimiento interior de la organización y de sus hombres, de sus virtudes y también de sus defectos. Conservaba simpatía por el disidente catalán Mauricio de Sivatte, pero –aunque pudiera parecer lo contrario– no era un integrista sino un legitimista, o mejor, un tradicionalista integral, un carlista puro, además no vergonzante, por acudir una vez más a la tipología de Rafael Gamba en una presentación de la magna *Historia del tradicionalismo español*, escrita tras la guerra por Melchor Ferrer Dalmau por encargo de don Manuel Fal Conde, que Alberto Galarreta precisamente prolongó en el período

1939-1966. En ese sentido, se refería siempre con respeto a Don Javier, del que decía que era el último gran príncipe de la Cristiandad, y del que temía que hubiese sido su estrecha amistad con Pío XII (y su pertenencia quizá a alguna *sapinière*) la que le hubiera retraído en algunos momentos decisivos, por ejemplo, de la difícil relación con Franco. Y estuvo siempre en el entorno de Don Sixto Enrique, singularmente cuando después del año dos mil Rafael Gamba asumió la Jefatura Delegada de la Comunión. En hombre zumbón e hipercrítico sorprendía ver la sincera emoción con la que saludaba a Don Sixto o con la que me anunciaba alborozado haber recibido correspondencia del Castillo de Lignières: –¡Otra vez Lignières! En este sentido, yo me permití hacerle una observación, que él me recordó en muchas ocasiones posteriores, pues le había hecho impresión, a propósito de la comparación (odiosa como todas, pero instructiva como a veces) entre padre e hijo. Yo le decía que Don Javier había vivido en una sociedad en la que la realeza tenía aún un peso y una función sociales. Chapado a la antigua, pero sin acartonamientos, amigo del Papa, legitimista de hierro, conectado con todas las casas reales y metido –como decía Alberto Galarreta gráficamente– en todas las «salsas», su hijo iba a conocer un mundo en el que todo ese horizonte social había prácticamente desaparecido y su carácter más osado presentaba no sólo inconvenientes respecto de su antecesor, sino también ventajas. En plena debacle del «huguismo» (hugonotismo, como se decía con un punto de ironía malvada, de resultas de la boda del que fue Don Carlos Hugo con la princesa Irene de Holanda) Alberto salió de la disciplina y transitó por el mundo de los francotiradores, lo que alguna huella le dejó para el futuro. Se aferró a los principios y siguió disparando en todas las direcciones. Todavía en plenos setenta, recibió con gusto a Don Sixto en una de las cenas de Cristo Rey que yo había empezado a organizar siguiendo sus instrucciones. Luego le recuerdo, junto con Rafael Gamba y Carlos Etayo, participando en las reuniones que Vicente Febrer benemérita-mente promovió en aras de recomponer el tradicionalismo carlista. A las que me sumaron generosamente. Íbamos en

su automóvil, que conducía con desenvoltura y una legión de ángeles de la guardia rodeándole. Cuando pareció que fraguaba, en una organización llamada «Comunión Tradicionalista Carlista», que recibió los registros de los grupos precedentes, incluida la verdadera Comunión Tradicionalista, se dio cuenta de inmediato de que la defensa de la Unidad Católica, piedra angular de ésta, iba a ser abandonada, como de hecho fue. Así, con Gamba y Etayo, Galarreta salió de inmediato. Yo los seguí. Pepe Arturo Márquez de Prado, por su parte, anduvo el mismo camino, aunque por razones distintas. En los noventa recuerdo algunas reuniones en torno a Don Sixto promovidas por José Ramón García Llorente, a las que asistían su hermano Hermenegildo, Pepe Arturo, Rafael Gamba y Galarreta. Y, como ya he dicho, en los dos mil se sumó con entusiasmo a la Comunión reconstituida con Rafael Gamba. Don Sixto, con quien ocupó varias veces la mesa presidencial en los almuerzos de los Mártires de la Tradición o en otras ocasiones solemnes, como la conmemoración en 2008 de los 175 años del Carlismo, le otorgó en 2014 la Gran Cruz de la Orden de la Legitimidad Proscrita.

4. ¿«Maniobrero»?

Algunos podrían pensar que he ofrecido una versión interesada de su participación en los «líos» –término que utilizaba con gran frecuencia, como también «salsas», aplicado a las cosas más variadas– del Carlismo. Con más de cuarenta años de trato íntimo con Alberto estoy seguro de su pensamiento y actitud al respecto. Otra cosa, que todos los que le tratamos pudimos advertir, era su enorme capacidad para mantener relaciones ajenas al tradicionalismo y para intentar maniobrar, eso sí, siempre al servicio de la Causa.

Juan Vallet, explicándole al filósofo italiano Michele Federico Sciacca el carácter de los carlistas más significados en el entorno de la Ciudad Católica, decía: «El más intransigente es Gamba, el más energúmeno Canals, el más “pastelero” Elías de Tejada y el más “maniobrero” Galarreta». Se lo oí contar a Vallet muchas veces, en ocasiones

delante de Rafael Gambra y de Alberto Galarreta. Y estaba muy bien visto. La intransigencia de Gambra era doctrinal, no temperamental, pues le dominaba una cierta melancolía fruto de la crisis de la civilización cristiana y de la propia Iglesia visible. Canals, por su parte, incluso para explicar sus equilibristos eclesiásticos, lo hacía con un tono apasionado y tajante, iluminado y solemne, genialoide, muy atractivo para algunos. Elías de Tejada podía parecer más intransigente incluso que Gambra, como por ejemplo en la relación con los restos de lo que fue «Acción Española» o su inauténtica prolongación en el grupo «Arbor», en sintonía por cierto con Canals; pero luego se le podía ver almorzando amigablemente con Enrique Tierno o esforzándose por ver al general Franco, de quien en privado no ahorraba denuos, llamándole «el Cabecilla» y a su España «Caudilandia».

El caso de Galarreta era diferente. Su temperamento jovial, de un lado, le llevaba a perseverar en la lucha de modo alegre y sin hiel. Su intransigencia, enorme en muchos temas, principalmente en el de la Unidad Católica, no le impedía mantener toda suerte de relaciones diríase que contubernales. Así, recuerdo al inicio de nuestra amistad, la tertulia en casa de Antonio Pastor, caballero jerezano, que sentó plaza en la División Española de Voluntarios del frente ruso, casado luego con una acaudalada dama ecuatoriana. Antonio, que usaba el pseudónimo de Pío Cardenal en la revista *¿Qué Pasa?*, reunía a una serie de personas ligadas a esta revista, interesadas por lo general en la temática de las sociedades secretas. Era el caso de Guillermo de Reyna, director de la publicación, o el notario e historiador José Antonio García-Noblejas. El tono era más bien falangista –además de los mencionados acudían José Luis Jerez o Eduardo Adsuar–, pero en modo alguno monocolor. Así, asistían Gambra o Galarreta, el segundo –que es quien me llevó– más regularmente que el primero, aunque se iba puntualmente a las nueve de la noche, que es justo cuando comenzaban a llegar otros de los contertulios, de vida más bohemia. Pero también otras personas menos caracterizadas en ese orden como el catedrático y cura don Tomás

Marín o el letrado del Consejo de Estado (además de abogado del Estado y diplomático) Florencio Valenciano. Me llamaba la atención algo de lo que Alberto me había prevenido: el estilo prepotente y antipático, chulesco en suma, de muchos falangistas. Un domingo, en su casa, le comenté que me había dado cuenta de lo acertado de su advertencia. Y, me soltó, espontáneo: –Pues tenías que haberlos visto en los años cuarenta con camisa azul y correajes. Lo que pasa es que la revista *¿Qué Pasa?*, cuya época de oro coincide con la dirección de Joaquín Pérez Madrigal, de mediados de los sesenta a mediados de los setenta, había sido resucitada por Reyna, Pastor y García-Noblejas, y Alberto había seguido la colaboración, aun sin la importancia que había tenido en la época anterior. La revista tampoco tenía el interés que había marcado la época precedente.

Lo mismo ocurría con Fuerza Nueva. Alberto mantenía buena relación personal con Blas Piñar, aunque su juicio sobre el grupo (asociación, partido y revista) era particularmente crítico. No simpatizaba nada con algo que veía –con razón– como una metamorfosis (que desde otro ángulo algunos podían decir degeneración, pero esa es otra historia) de la Falange. Y al propio Piñar lo veía como un «juglar» –así se refería a él en muchas ocasiones– carente de un verdadero pensamiento político («no tiene más pensamiento político que el “estilo” de la Falange») y en el fondo desleal (pues se «había pasado la vida predicando la unión entre todos, pero al mismo tiempo fabricando otras cositas que dificultaban la unión»). Pero nada de ello obstaculizó un contacto fluido no exento de colaboraciones ocasionales. En el que yo le seguí sinceramente, hasta que Piñar quiso incorporar a la Comunión y a Don Sixto a una aventura invernal más que otoñal a la que Rafael Gamba y yo hubimos de oponernos, resintiéndose la relación con el primero aunque no hasta el grado de cancelar un lejano afecto. Recuerdo a este respecto los comentarios de Alberto, desenvueltos y con un punto de maldad.

Incluso en el caso de *Siempre p’alante* puede atisbarse algo parecido. Hablamos en muchas ocasiones de la pena de un noble esfuerzo en buena parte desperdiciado por causa de

un batiburrillo confusionario. Pues la intención inicialmente profesada de prolongar el extinto *Pensamiento Navarro*, sólo muy parcialmente se vio cumplida. Alberto, plenamente consciente, seguía –con todo– una colaboración imprescindible para su mantenimiento, en el que a los heterónomos ya mencionados sumaba otros, recuperados del viejo *¿Qué Pasa?*, como P. Echániz, Aurelio de Gregorio o P. Loidi. En ese sentido, perseveró hasta el final, de manera admirable e incluso heroica, en esa colaboración, sin la que el «alma» de la empresa, el tenaz canónigo de Pamplona don José Ignacio Dallo no hubiera podido seguir adelante.

Ad intra del Carlismo recibía a todos. Pero no se recataba de expresar, y no sólo en privado, juicios particularmente severos, sobre el que –con ironía– llamaba «el grupo de doña Angustias». Recuerdo por ejemplo lo ocurrido acerca de un discurso del papa Francisco en Río de Janeiro, particularmente desafortunado, que Alberto comentó ampliamente en estas páginas y más expeditivamente en las de *Siempre p' delante*, ambos textos signados con su *nom de plume* más extendido de Manuel de Santa Cruz. Del segundo recogemos este párrafo contundente: «Apenas llegaron a España las primeras noticias de este discurso papal, la Comunidad Tradicionalista, por medio de la Secretaría Política de S.A.R. D. Sixto de Borbón, publicó el 2 de agosto una nota breve pero muy clara a favor de la confesionalidad católica del Estado y en contra de la laicidad, favorecida por el discurso pontificio en Brasil con resonancia universal. Un grupo de sedicentes carlistas la ha replicado con una “Aclaración de la Comunidad Tradicionalista Carlista sobre la acción de los católicos en política”. Más propio hubiera sido que esa “aclaración” se hubiera dedicado a las formas ortodoxas según la propia teología católica, que las hay, de comentar las distintas clases de manifestaciones de un Papa, y que se hubiera ceñido a las palabras que comentamos. Ni menciona las palabras laicidad y confesionalidad. Y que hubiera certificado que ese grupo ha hecho alguna vez campañas a favor de la confesionalidad católica del Estado, cosa que no consta. En el seno de un texto caótico, la tal “Aclaración” aduce para zafarse de la disyuntiva ahora planteada

entre laicidad y confesionalidad que le acorrara, unas palabras del Manifiesto de Morentín, del Rey Don Carlos VII, en el que decía que no daría “ni un paso más adelante ni más atrás que la Iglesia de Jesucristo”. Este texto, que se exhuma siempre que alguien quiere asemejar al carlismo a una democracia cristiana conservadora, fue la salida a una trampa que le tendían en una campaña electoral acerca de si aprobaba, o no, la aceptación de los bienes de la desamortización. Prueba de que no tenía otra aplicación ni pretensiones doctrinales, fue que los requetés se sumaron al Glorioso Alzamiento del 18 de julio, antes de que lo hiciera la Iglesia mucho después».

5. La Unidad Católica

La Unidad Católica es el dogma primero del tradicionalismo español. He citado muchas veces al respecto una frase de Álvaro d’Ors que lo sintetiza de manera ejemplar: «Nuestro pensamiento tradicionalista, si abandonara sus propios principios y abundara en esa interpretación absolutista de la libertad religiosa, incurriría en la más grave contradicción, pues la primera exigencia de su ideario –Dios-Patria-Rey– es precisamente el de la unidad católica de España, de la que depende todo lo demás».

El nombre de Alberto Galarreta aparece indisolublemente unido a la defensa de la Unidad Católica de España. Un primer acto, de gran importancia, en que su intervención fue decisiva, es el de la elaboración del documento «El Carlismo y la Unidad Católica». Me lo contó varias veces. La Comunión seguía con honda preocupación la discusión sobre la libertad religiosa en el Concilio (II del Vaticano), que finalmente se aprobó como declaración en 1965 y que –como es costumbre– lleva el nombre de sus primeras palabras, en este caso *Dignitatis humanae*. En 1963 pareció que los temores desde el inicio albergados podían hacerse realidad y que una reacción de la Comunión era necesaria. A la Falange y a Estoril no les preocupaba el asunto, o más bien lo veían con aprobación por razones en el fondo paradójicamente no tan distintas. Alberto Galarreta se encuentra

un día de mayo de 1963 por la calle con Raimundo de Miguel, abogado del Estado carlista conocido por su cercanía a Fal, y que andando el tiempo se convertiría en defensor de la libertad religiosa. *Cherchez le prêtre...* Coinciden ambos en la trascendencia del asunto y la necesidad de afrontarlo. Visitan a don José María Valiente, a la sazón Jefe Delegado de la Comunión Tradicionalista, quien reacciona con presteza, encargando la redacción de un borrador a de Miguel y conectando de inmediato con una imprenta clandestina de que se valía para algunos trabajos delicados. En pocos días el borrador, al que Valiente hizo pequeños retoques, se difundía con el título «El Carlismo y la Unidad Católica». Lleva fecha de 23 de mayo de 1963. Al año siguiente tendrá lugar otra iniciativa a la que Galarreta no fue ajeno y que marcó de manera indeleble su vida. El día de Santiago de 1964, en el monasterio de Nuestra Señora la Real de la Oliva, en Navarra, en el que en los años anteriores se venían celebrando reuniones de jefes de requetés, promovidas por Pepe Arturo Márquez de Prado, los asistentes prestaban juramento de defender la Unidad Católica de España, amenazada por el avance del documento conciliar. Galarreta fue uno de los presentes. Y uno de los que, sin el menor género de dudas, cumplió el voto.

A mí, años después, me animó a hacerlo. Fue en 1979, la tarde del domingo de Cristo Rey, último de octubre, en casa del marqués de Albaicín, Cristóbal Pérez del Pulgar, donde estaba instalada la primera capilla de la Hermandad de San Pío X en España. Celebró la misa don Tomás Marín y tomó el juramento el propio Alberto. Fuimos a cenar luego al parador de Toledo, que le gustaba mucho. Y me contó muchas cosas, que retuve cuidadosamente. Pero, entre todas, una sobre la que volvía con frecuencia: los recursos esténicos. Se llaman así en psicología, contaba el propio Alberto, los estímulos corrientes que además se presentan y utilizan envueltos en una carga afectiva y emocional que les dota de un poder estimulante, de una capacidad de mejorar el tono vital de la persona, de combatir la tristeza, el desaliento y de aprestar para combatir con alegría y entusiasmo. Pues bien, el trato continuado con Alberto Galarreta, ha sido para mí

un recurso esténico del mayor relieve. No fueron pocas las veces en que acudía a su casa de la calle Alcalá con alguna pesadumbre ligada a la «salud de la Causa», y salía animoso dispuesto a continuar el combate con esa alegría juvenil que imprimía a todo lo que hacía. Animó los años sucesivos a algunos otros amigos a ir haciendo individualmente el voto. Y, de modo colectivo, lo llevó a las Jornadas de la Unidad Católica, celebradas primero en Toledo y luego en Zaragoza, hasta la fecha. Recuerdo sobre todo las primeras, en el décimo cuarto centenario del III Concilio de Toledo. La organización fue accidentada y fui uno de los asistentes a la audiencia con el Cardenal Marcelo González Martín, arzobispo primado, donde acordamos algunas cosas que luego no honró. Alberto no participó por razones de salud, pero fue el gran animador, junto con don José Ignacio Dallo, de las jornadas anuales que entonces comenzaron, y en las que se reproducía el juramento de defensa de la Unidad Católica. Aunque en este ámbito la buena voluntad de muchos no fuera acompañada generalmente del rigor conceptual. La Comunión Tradicionalista ha sido, así, la única que ha conservado institucionalmente, en buena medida gracias a Alberto Galarreta, la defensa de la Unidad Católica, renovando el voto en 2005, en las Clarisas de Olite, pues los trapenses nos dieron con la puerta en las narices, ante la indignación de S.A.R. Don Sixto Enrique de Borbón, que presidía la comitiva, y de monseñor Ignacio Barreiro, que iba a celebrar la Santa Misa. Alberto no sólo asistió a la ceremonia, sino que la víspera ilustró a los participantes sobre la historia del «voto de La Oliva». Finalmente, en 2014, en el cincuentenario, pudo volver la Comunión a la abadía trapense, gracias a la presencia como consiliario de don José Ramón García Gallardo, de la Hermandad de San Pío X, sobrino del fray Hermenegildo –en el siglo Miguel Marín García-Verde– que acogió en 1964 la celebración originaria.

6. Una conclusión

Nunca aceptó Galarreta homenaje alguno. Aunque colaboró de modo relevante en el impulso y organización

de muchos que honraron a distintos amigos. Un ejemplo destacado es el de 1998 a Rafael Gamba, que yo organicé con el apoyo de Alberto. Ni siquiera en los últimos años, cuando sus cautelas profesionales habían decaído, y pese al significado político encubierto –que subrayaba en nuestras conversaciones– de ese tipo de actos. Siempre quiso ocupar un segundo plano, hasta el punto de que, en una ocasión, cuando publiqué en *Aportes* una amplia nota sobre sus *Apuntes y documentos*, y cometí el error de desvelar quién estaba detrás de una serie de pseudónimos, los suyos, se disgustó sobremanera. Lo más que logré, al editar un libro que él inspiró, sobre la vocación política, fue introducir una dedicatoria muy expresiva: «Para Alberto Ruiz de Galarreta, de quien he aprendido casi todo». El hecho de que el libro se haya traducido al francés y lo vaya a ser al portugués, me alegra particularmente, pues prolonga en el ámbito internacional ese reconocimiento no por modestísimo menos justo.

Ese libro tuvo su origen en decenas de conversaciones, en las que vertió su conocimiento amplísimo y profundísimo de materias históricas y políticas al servicio de elaborar una doctrina de la vocación política de los católicos. Otras muchas conversaciones, entonces y después, giraron en torno a la guerra revolucionaria, tema al que tenía gran afición, y del que contaba el modo pintoresco como lo había descubierto, cuando el Estado Mayor de la Armada aún lo desconocía, a través de uno de sus enfermos, muy inteligente, pero que creía tener dos cabezas, razón por la que no salía de casa, donde pasaba el tiempo con las lecturas más variadas, y entre ellas la literatura francesa emergente sobre el asunto. También, en concreto, hablamos largamente sobre la *Organisation de l'Armée Secrète* (O.A.S.), tema en el que se había implicado intensamente, como el Carlismo en general, durante la Jefatura Delegada de Valiente. El anecdotario que manaba de esas experiencias vitales, y que conservo en buena medida por haber tomado notas tras nuestras reuniones, o por haber grabado muchos años después algunas de ellas, llenaría apasionantes horas de conversación.

Para terminar, dos observaciones psicológicas. La primera, que Alberto Galarreta evocaba con frecuencia, aplicándola a otras personas, es la distinción entre hombre-calle y hombre-glorieta. El primero identifica una línea vital, que sigue pacientemente, sin salirse de ese carril. El segundo implica una apertura a distintas líneas, que al converger aportan a la trayectoria particular riqueza. No hay duda de que ambas actitudes tienen sus ventajas y sus inconvenientes. La primera, de un lado, rotura de modo sistemático un campo, sin distraerse por otras ocupaciones. La segunda, desde el mismo ángulo, suma el interés de distintas vías. A condición, desde el otro lado, de que –en el primero de los casos– no se impida la comprensión compleja de la realidad por la unilateralidad, y –en el segundo– la variedad de las perspectivas acumuladas no destruya el sentido de la unidad. La segunda, acuñada por el príncipe de Metternich, es también una distinción: entre hombres de sistema y hombres de principios. Aquéllos –decía– son como el viejo cañón colocado en el hueco de un muro. Para librarse de sus disparos sólo basta ponerse a un lado y evitar la línea recta. Mientras que éstos son como un cañón giratorio puesto al aire libre.

Pues bien, Alberto Galarreta, no se dejaba aprisionar por esas oposiciones. Era un hombre-calle por la perseverancia que mostró a lo largo de su vida, particularmente evidenciable en temas como su consagración al Carlismo o a la defensa de la Unidad Católica. Pero en él los distintos temas se unían íntimamente, «como las cerezas», con una metáfora que usaba a menudo, de manera que destacaban en su personalidad ambas facetas, la de calle y la glorieta, perfectamente imbricadas. Era, también, al mismo tiempo, hombre de principios y de sistema. De principios por su capacidad de «maniobra» y flexibilidad; de sistema por su fidelidad al pensamiento y la acción tradicionalistas. No es fácil que en una misma persona se dé esa doble combinación que Alberto, en cambio, como persona extraordinaria, reunía armoniosamente. Soy consciente de lo insuficiente de las líneas anteriores para reflejarla. Que un estudio sistemático de sus escritos podría perfilar aún más. En este momento, con el

dolor de su pérdida, y de una cierta orfandad moral y política, baste sin embargo para arrojar alguna luz sobre esa personalidad vigorosa y extraordinaria, que tiene un puesto de honor reservado en el cuadro de honor del tradicionalismo católico y carlista contemporáneo.